

UN ESPACIO RURAL EN TERRITORIO BIZANTINO: ANÁLISIS ARQUEOLÓGICO DE LA DEPRESIÓN DE VERA (ALMERÍA) ENTRE LOS SIGLOS V Y VII¹

Montserrat Menasanch de Tobaruela

El conocimiento arqueológico del sudeste peninsular en el período que podemos denominar «tardoantiguo», es decir, entre los siglos V y VII, ha experimentado en las últimas décadas, y sigue experimentando, avances relevantes. Una parte importante de los trabajos ha dirigido su atención al estudio de los espacios rurales. De esta manera, se han elaborado modelos de ocupación o, cuando menos, se han registrado conjuntos de yacimientos en las comarcas meridionales de Alicante (Gutiérrez Lloret, 1988 *a* y *b*; Reynolds, 1985, 1993), el Campo de Cartagena (véase Murcia Muñoz y Soler Huertas y Egea Vivancos en este mismo volumen) y el entorno de Lorca (Martínez Rodríguez, 1988; Martínez Rodríguez y Matilla Séiquer, 1988).

La zona de Almería, que desde el punto de vista histórico y arqueológico se encuentra claramente conectada con las áreas mencionadas, quedaba sin embargo como un vacío de conocimiento. Dicho vacío comienza ahora a colmarse con los primeros resultados del estudio del poblamiento tardoantiguo que estamos llevando a cabo en la zona conocida como depresión de Vera.

EL ESPACIO DE ESTUDIO

La depresión de Vera se encuentra situada en el extremo noreste de la provincia de Almería, aproximadamente 100 km al sureste de Cartagena. Se trata de una cuenca terciaria de unos 320 km² de superficie enmarcada por las sierras Cabrera al sur, Lisbona y de Bédar al oeste, y de Almagro y Almagrera al norte y al noreste, abierta al Mediterráneo y atravesada por los valles fluviales del Almanzora, el Antas y el Aguas (fig.1).

Desde el punto de vista de los accesos, el mar constituye la principal vía de comunicación, mientras que por tierra se encuentra conectada sobre todo con el valle del Guadalentín a través del campo de Pulpí.

Como han mostrado los estudios paleoecológicos, la actual degradación del medio, reflejada en su aridez y deforestación, no es resultado sólo de la interacción socionatural contemporánea, sino de sucesivos momentos de explotación masiva desde la prehistoria reciente hasta el auge minero que tuvo lugar a finales del siglo XIX y principios del XX.

LA BASE DE DATOS

Desde comienzos de la década de los 80, la depresión de Vera ha sido objeto de atención por parte de diferentes equipos de investigación que llevan a cabo estudios del poblamiento y de las estrategias de explotación en distintos momentos prehistóricos e históricos. Como parte de estos estudios, desde entonces hasta mediados de los años 90, se ha llevado a cabo una serie de prospec-

1. La investigación necesaria para el desarrollo de este trabajo ha sido parcialmente financiada con el apoyo de la D.G. XII de la UE, la Dirección General de Investigación Científica y Técnica del Ministerio de Educación y Ciencia (DGICYT) y el Comissionat per Universitats i Recerca de la Generalitat de Catalunya.

FASE 0

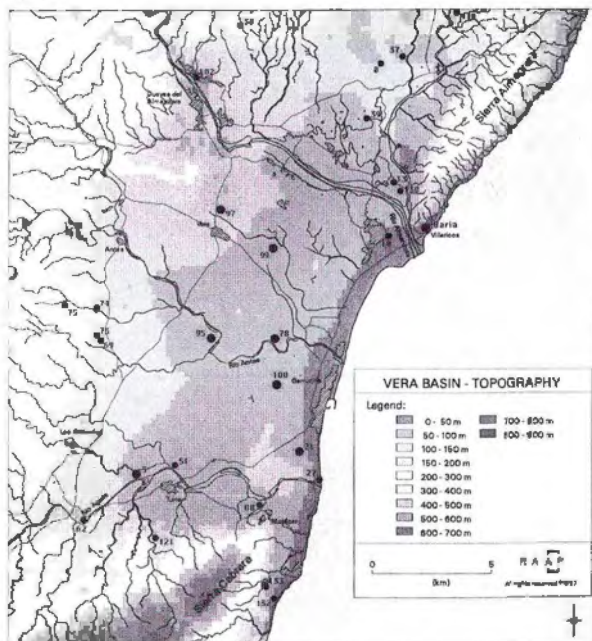


Figura 1. Yacimientos correspondientes a la Fase 0 (siglos III y IV): 3: Cadímar, 8: Majar de Liria, 13: La Era Alta, 18: Punta de Palomares, 21: Cortijo del Campo, 27: Rincón del Mirador, 37: Camino de las Caleras, 38: Rambla de Joaquín, 39: La Torrecica, 51: Cañada del Palmar, 62: Río de Aguas, 69: Curénima I, 73: Curénima II, 74: Los Albardinales, 75: La Fuente Abad, 78: El Coto-Cañada Honda, 88: Las Pilas, 95: Cerro de los Riquelmes, 97: Pago de San Antón, 99: El Rocepción, 100: La Hoya del Pozo de Taray, 102: Comara, 120: El Oficio, 121: Cortijo del Trovar, 130: Cabecico de Parra, 131: Cañada Ancha, 132: Rambla de los Terreros, 133: Cerro de los Mariscos. Círculos grandes: concentración de material en superficie > 2 ha; círculos pequeños: concentración de material en superficie < 2 ha.

ciones arqueológicas superficiales por parte de distintas instituciones.²

Los datos recopilados por estos equipos fueron recogidos, englobados y ampliados por dos grandes proyectos de investigación paleoecológica: *Proyecto Archaeomedes* (Castro *et al.*, 1994) y *Proyecto Aguas* (Castro *et al.*, 1998). Financiados por el Directorado General XII de la UE, han sido coordinados por la

2. Las prospecciones han sido financiadas por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y llevadas a cabo por el grupo de trabajo de la Universidad Complutense de Madrid, con Manuel Fernández Miranda como director, el equipo responsable del Proyecto Gatas de la Universidad Autónoma de Barcelona, AREA Sociedad Cooperativa Arqueológica de Madrid y la Universidad de Alcalá de Henares, con Lauro Olmo y la autora como directores, y la Universidad de Almería, en un proyecto de investigación del bajo Almanzora dirigido por José Luis López Castro.

Universidad Autónoma de Barcelona en el caso del primero, y por esta misma institución junto con las Universidades de Valladolid y de Reading en el Reino Unido en el segundo.³

Mi participación en dichos proyectos, así como la de otras y otros investigadores de los períodos antiguo, medieval y moderno, se debe al interés mostrado por estos equipos en contar con especialistas en distintos momentos históricos, de manera que fuese posible dar cuenta de la amplitud del registro que se documenta en prospecciones arqueológicas y estudios de alcance temporal dilatado. A través de dicha participación me ha sido posible acceder a una información arqueológica y ecológica de amplitud y potencial excepcionales.

ESTRUCTURA TEÓRICO-METODOLÓGICA DE LA INVESTIGACIÓN

El estudio del poblamiento que estamos llevando a cabo tiene como objetivo general elaborar un modelo explicativo de la organización socioeconómica de la depresión de Vera y de su interacción con el medio entre los siglos V y XI. Dado el marco en que nos encontramos, el presente artículo se limita al tiempo comprendido entre el siglo V y los primeros años del siglo VIII, es decir, los momentos iniciales de la ocupación islámica de la Península Ibérica.

Las directrices del trabajo vienen determinadas por el marco teórico-metodológico del mismo, que se articula en torno a la premisa de que toda estructura socioeconómica tiene un correlato espacial. O, en otras palabras, a las estructuras socioeconómicas corresponden unas manifestaciones fenomenológicas en el espacio. Dichas manifestaciones son susceptibles de ser estudiadas arqueológicamente.

La teoría social tiene su anclaje en la teoría socioeconómica marxista, y parte de que la dialéctica entre las fuerzas productivas (recursos naturales, fuerza de trabajo y medios de producción) y las relaciones

3. Brevemente, su objetivo era investigar las causas naturales y antrópicas de la degradación medioambiental del sudeste peninsular a partir de un análisis pormenorizado de la depresión de Vera y de uno de sus valles fluviales (valle del Aguas) desde el neolítico a la actualidad. Como novedad frente a otros proyectos ecológicos, centrados en las condiciones naturales actuales, los proyectos *Archaeomedes* y *Aguas*, definidos como arqueoecológicos, introducían, además de una perspectiva histórica de la degradación medioambiental, el factor sociohistórico a través del concepto de coevolución socio-natural.

sociales de producción (dialéctica producción-consumo) caracteriza los modos de producción.

En cuanto a la teoría arqueológica, proponemos que el análisis espacial permite la construcción de modelos socioeconómicos o, en nuestro caso, que el análisis macroespacial posibilita la construcción de un modelo socioeconómico extensivo.

El método implementado es la prospección arqueológica y paleoecológica superficial, dirigida a recopilar información relativa a los artefactos y al contexto espacial de los asentamientos. Esta información debe permitir abordar el análisis de las variables que representan el correlato material de los componentes de la estructura socioeconómica. De este modo, al dotar de contenido empírico los factores integrantes de la teoría social, se pretende llegar a elaborar un modelo socioeconómico específico para la depresión de Vera en el tiempo de estudio.

Actualmente, hemos concluido la elaboración, desde una perspectiva cronotipológica, de los datos relativos a los artefactos, y estamos elaborando los referentes al contexto espacial de los yacimientos con la ayuda de un SIG.⁴ Por lo tanto, el presente trabajo presta especial atención a los aspectos metodológicos y analíticos. Su objetivo es dar a conocer algunas de las líneas de investigación que estamos desarrollando y presentar un avance de los resultados que comienzan a delinearse en relación a los patrones de ocupación del espacio y a las relaciones entre asentamientos entre los siglos v y vii.

EL MÉTODO DE PROSPECCIÓN

Como ya hemos expuesto, distintos equipos de trabajo han realizado reconocimientos superficiales de la depresión de Vera. Por consiguiente, más que de método, podemos hablar de métodos de prospección, según los criterios aplicados en cada caso. Así, contamos con datos procedentes de prospecciones extensivas, selectivas e intensivas.

Con respecto a la prospección extensiva (Fernández Miranda, 1992; Delibes *et al.*, 1996), consistió en el reconocimiento de zonas amplias sobre un total de 250 km², cubriendo una media de 0,3 ha/hora.

En la prospección selectiva (Fernández Ugalde *et al.*, 1989; Castro *et al.*, 1994; Castro *et al.*, 1998)

se examinaron lugares específicos elegidos teniendo en cuenta los datos de la toponimia, las menciones en la bibliografía antigua (Siret y Siret 1890; Siret 1906) o más reciente (Delibes *et al.*, 1986; Camalich *et al.*, 1987; Cara y Ortiz, 1987, López Castro *et al.*, 1988; Schubart y Ulreich, 1991), las noticias orales o la existencia de materiales en colecciones de la zona.

En cuanto a las prospecciones intensivas, incluyeron la cobertura total de seis *transects* de 1 × 1,5 km distribuidos por las cuencas de los ríos Almanzora, Antas y sus afluentes, las ramblas del Cajete y de Nuño Salvador, y Aguas (Delibes *et al.*, 1996), y de un *transect* de 1 × 8 km situado en la zona meridional de la depresión y orientado nortesur desde el valle del Aguas hasta la cima de Sierra Cabrera (Castro *et al.*, 1998). El objetivo de estas intervenciones intensivas fue evaluar los resultados obtenidos mediante los métodos extensivo y selectivo.

Los datos recopilados por los distintos equipos se complementaron y contrastaron entre sí, obteniéndose una muestra que permite valorar la distribución y características del poblamiento sobre una amplia base metodológica y empírica.

EL MÉTODO DE DATACIÓN

Como en cualquier estudio arqueológico, en primer lugar la información se debía situar en una secuencia temporal. El estudio del tiempo se ha abordado a partir del concepto de temporalidad,⁵ o tiempo social, según el cual los objetos y espacios arqueológicos, en tanto que objetos y espacios sociales, poseen tiempos de vida que se definen entre la fecha absoluta de su producción y la fecha absoluta de su consumo, es decir, de su existencia como objeto o espacio con valor de uso. Estas temporalidades, mensurables a partir de fechas calendáricas, están relacionadas entre sí, pero rara vez son idénticas.

Si en vez de tratar con un objeto lo hacemos con una categoría de objetos, como es el caso de una forma cerámica, existirán tantas temporalidades como espacios de producción y consumo. La temporalidad global de la categoría quedará definida por el lapso de tiempo comprendido entre el espacio de producción más antiguo y el de consumo más reciente.

4. Sistema GRASS, con base de datos diseñada por S. Gili, R. Risch y M. Ruiz Parra, del Departament d'Antropologia Social i Prehistòria de la Universitat Autònoma de Barcelona, y tratamiento digital desarrollado por Ph. Verhagen, de la Fundación RAAP (Amsterdam).

5. El concepto, que ya se encuentra expuesto en CASTRO *et al.*, 1993, ha sido desarrollado por la autora.

De los métodos de datación arqueológica (absoluta y relativa), en nuestro trabajo, al tratar con materiales de superficie, la atribución de fechas calendáricas que permitiesen aproximarnos a las temporalidades de las categorías de objetos y asentamientos se tenía que realizar a partir de la datación relativa o cruzada, basada en el establecimiento de analogías tipológicas para los tipos cerámicos presentes en los yacimientos con objetos equiparables registrados en contextos datados.⁶

En primer lugar se procedió, pues, a una clasificación tipológica.⁷ Los tipos documentados son, para la cerámica fina, F2.6-8 y 9-11, 5.5, 35.3, 50, 52 y 67 (Fulford, 1984a) y H12/102, 61B, 64, 66/67, 67, 76, 80A, 82 var., 84, 87, 91 A/B y C, 99, 103, 104 A/B y 107 (Hayes, 1972 y 1977). Las ánforas están representadas por las formas K XX-VIG, LIII o quizás de fondo umbilicado tipo *Castrum Perti* (Castiglioni *et al.*, 1992; Murialdo, 1995), K LV, LXI, LXII y LXV o LRA2 (Keay, 1984). En cuanto a la cerámica común, encontramos cazuelas a torno tipo F *casseroles* 12 (Fulford, 1984b), jarras de tipo ibicenco incisas en el hombro con motivos a peine o de palmetas (Ramon, 1986), cazuelas y fuentes a mano tipo R HW 8.1 y 8.2 (Reynolds, 1993), y ollas troncocónicas y globulares, también a mano, tipo R HW 10.6 y 10.8-10 o similares (Reynolds, 1993). Asimismo, se han distinguido rasgos técnicos, en particular la decoración de la cerámica fina africana. Así, se han registrado ejemplares con decoración estampillada de los estilos A (ii) y D de Hayes (1972).

En cuanto a los contextos a los que se refirieron las dataciones, la mayor validez de éstas, o la probabilidad más elevada de que sean ciertas se da cuando los cruces se establecen con objetos registrados en contextos cerrados fechados por datación absoluta.

Aquí conviene precisar qué entendemos por contexto cerrado. En la bibliografía se suele hacer un uso abusivo del término, aplicándolo a cualquier

contexto arqueológico físicamente cerrado. Sin embargo, puesto que el valor de este tipo de contextos para la datación es que permiten afirmar que las temporalidades del espacio de que se trate y de los objetos en él contenidos coincidieron en algún momento, el concepto se debe aplicar únicamente a contextos de uso físicamente cerrados e inalterados en el tiempo, o cuyas alteraciones se hayan podido aislar.

Por otra parte, estos contextos tienen que haber sido fechados por datación absoluta. Es decir, a partir de muestras contextualizadas que proporcionen fechas calendáricas independientes de la argumentación arqueológica, ya se trate de materia orgánica o de monedas, epígrafes, etc.

Ahora bien, en el tiempo y el espacio de estudio, y en general en el ámbito mediterráneo en períodos históricos, la gran mayoría de los contextos, especialmente los no funerarios, son abiertos. En cuanto a las dataciones absolutas a partir de muestras contextualizadas, suelen proporcionarlas las monedas, que, como es bien conocido, pueden circular, ser reutilizadas y redepósitoarse a lo largo de lapsos de tiempo muy prolongados.⁸

En relación a las clases cerámicas que utilizamos en nuestro estudio como elementos datantes, las dataciones absolutas son disponibles sobre todo para la ARS, mientras que las ánforas y la cerámica común se fechan en la mayoría de los casos precisamente por su asociación contextual con ejemplares de ARS.⁹

Dado que la datación cruzada, como, por otra parte toda datación arqueológica, es una aproximación probabilística a la realidad, y teniendo en cuenta las características de la base documental de referencia,¹⁰ se consideró útil hacer una valoración

6. Es decir, a partir de lo que la arqueología tradicional denominó «fósiles directores».

7. En este trabajo utilizamos los términos «tipo morfológico» y «forma cerámica» como sinónimos. Los tipos o formas que se han manejado para la datación se han determinado por el establecimiento subjetivo de analogías morfológicas con tipos o formas definidos en trabajos previos. En el caso de la ARS, las determinaciones se consultaron con el Dr. M. Fulford (Department of Archaeology, University of Reading), y en el de las ánforas, con el Dr. J. A. Remolá (Cooperativa CODEX, Tarragona) y la Dra. A. Toniolo (Museo di Chioggia), a quienes agradezco sus sugerencias y puntualizaciones.

8. Junto a éstas, otra fuente de fechas calendáricas son los documentos escritos. Sin embargo, éstos tienen el inconveniente de que sólo se pueden aplicar a los espacios arqueológicos si se dispone de muestras contextualizadas que permitan fechar directamente los contextos y, por tanto, afirmar que las temporalidades de éstos coinciden o se aproximan a las indicadas por los textos para esos mismos espacios.

9. Es decir, el anclaje de la mayoría de las fechas calendáricas se encuentra en las estratigrafías y fechas absolutas disponibles para fechar la ARS. En buena medida, éstas se refieren, pues, a las estratigrafías del ágora de Atenas, a las de Antioquía en Siria (HAYES, 1972) y las de la Avda. Habib Bourguiba en Cartago (HURST; ROSKAMS, 1984), por citar algunas de las más relevantes.

10. Las dataciones se han cruzado con los contextos publicados en los siguientes trabajos: HAYES, 1972, 1977, 1980; ATLANTE 1981; FULFORD Y PEACOCK, 1984; KEAY, 1984; RAMON, 1986; MENASANCH Y OLMO, 1991; CASTIGLIONI *et al.*, 1992; TRELIS, 1993; REYNOLDS, 1993, 1995; BONIFAY Y PIÉRI, 1995; MURIALDO, 1995; GUTIÉRREZ LLORET, 1996, y RAMALLO ASENSIO *et al.*, 1996.

cualitativa del grado de probabilidad de las dataciones. Con este fin, los indicadores cronológicos que permiten atribuir fechas calendáricas a los espacios y objetos se han clasificado en relativos (estratigráficos) y absolutos (calendáricos). Cada grupo se ha ordenado jerárquicamente según se trate de contextos estratigráficos cerrados o abiertos y de indicadores absolutos contextuales (aquellos que forman parte física del espacio de referencia) o textuales (textos escritos). Por su parte, los indicadores absolutos contextuales se han agrupado en muestras de vida corta (p. ej., un epígrafe *in situ* en posición primaria) y de vida larga (p. ej., una moneda).

El resultado es, como decimos, una aproximación probabilística a los tiempos de vida de objetos, categorías de objetos y espacios, que permite proponer hipótesis de temporalidad para los yacimientos, dividir el tiempo de estudio en fases arqueológicas y aproximarnos a la dinámica poblacional.

LAS FASES ARQUEOLÓGICAS

La definición de las fases se ha realizado a partir de criterios arqueológicos. Puesto que lo que se pretende es una aproximación dinámica a las pausas de ocupación del espacio, también se han tomado en consideración los yacimientos inmediatamente anteriores al siglo v.

De este modo, se han distinguido las siguientes fases:

Fase 0: siglos III y IV. Se define por la presencia de ARS formas H50, 58, 59 y 61 A y con decoración estampillada estilo A (ii) (Hayes 1972), de cerámica africana de cocina formas H23 y 197 (Hayes, 1972) y Ostia I (fig. 261) (Atlante, 1981), y de ánforas norteafricanas K VI, VII y XXV B (Keay, 1984) y quizás hispánicas San Lorenzo 7 o similar (Villa, 1994).

Fase 1: siglo v. Sus elementos propios son las formas de cerámica ARS F 5.5 y 35.3 (Fulford, 1984a) y H12/102, 61B, 64, 67, 76, 80A, 82 var., 84, 87 y 91 A/B, la decoración estampillada estilo D (Hayes, 1972), y las fuentes y cazuelas de cerámica común a mano R HW 8.1 y 8.2 (Reynolds, 1993).

Fase 2: siglo VI y primer cuarto o primeras décadas del VII. Caracterizada por la presencia de ARS F 2.9-11, 50 y 67 (Fulford, 1984a) y H91 C, 99, 103, 104 A/B y 107 (Hayes, 1972), de cerámica común africana F *casseroles* 12 (Fulford, 1984b),

de ánforas norteafricanas K XXVI G, LV y LXI, orientales K LXV (Keay 1984), y de procedencia incierta tipo *Castrum Perti* o similar (Castiglioni *et al.*, 1992; Murialdo, 1995), y de ollas de perfil troncocónico invertido, modeladas a mano, tipo R HW 10.6 (Reynolds, 1993).

Fase 3: segundo cuarto o mediados del siglo VII a comienzos del siglo VIII. Se trata de una fase con falta de cronoindicadores con bases de datación suficientes, lo cual dificulta su definición, así como la distinción material de posibles momentos históricos comprendidos en ella. Por esta razón, nos hemos inclinado a considerarla como una única fase arqueológica distinta de las fases anterior y posterior, caracterizada por la ausencia de objetos cerámicos importados y posiblemente por el predominio de formas a mano como las ollas troncocónicas R HW 10.6 y las globulares HW 10.8-10 o similar (Reynolds, 1993).

Dada la ausencia de formas cuya temporalidad se inicie en el segundo tercio o en la segunda mitad del siglo VI, la caracterización arqueológica del período histórico bizantino constituye una cuestión interpretativa que es posible abordar desde diferentes aproximaciones. Más abajo veremos una de ellas, matemática en este caso, al tratar la cuestión de la distribución de las importaciones en el tiempo.

LAS VARIABLES DEL ANÁLISIS ESPACIAL

Una vez obtenida una articulación del tiempo de estudio y ubicados en él los yacimientos, es posible pasar a caracterizar los patrones de asentamiento y los territorios de explotación en los distintos momentos. Esta fase del trabajo, que acaba de comenzar, se está llevando a cabo a través de la aplicación de métodos de análisis espacial, así como del mencionado sistema de información geográfica que nos permite correlacionar las variables arqueológicas y ecológicas tomadas en consideración.

Aquí nos vamos a ocupar sólo de algunas de estas variables, centrándonos en los datos relativos al punto de emplazamiento de los yacimientos.¹¹ Junto a éstos, avanzamos algunos resultados del estudio de los materiales de importación desde el punto de vista económico. Los aspectos que trataremos son los siguientes:

11. El estudio definitivo incluye también el análisis de un espacio de extensión convencional situado en torno al yacimiento, dirigido a caracterizar los territorios de explotación potenciales.

1. *Número y tamaño de los asentamientos*: aporta información relativa al poblamiento y a la demografía y, por lo tanto, a la fuerza de trabajo.

2. *Soporte geológico de los lugares de asentamiento*: se pretende obtener información relativa a las condiciones geoecológicas, es decir, a los recursos naturales potenciales.

3. *Topografía de los lugares de asentamiento*: aporta información del mismo tipo que la variable anterior.

4. *Accesibilidad a los lugares de asentamiento*: el objetivo es detectar la posible existencia de jerarquías horizontales o espaciales y así obtener información referente a la distancia social.

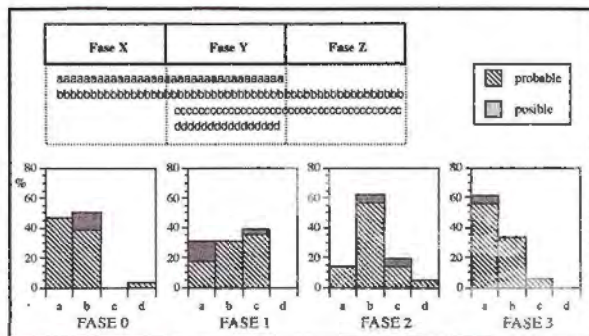
5. *Acceso a cerámicas de importación*: el análisis de las formas de consumo y la determinación de la posible existencia de jerarquías verticales o sociales permite también una aproximación a la distancia social.

PRIMEROS RESULTADOS

El trabajo que estamos realizando está ofreciendo los primeros resultados en relación a las dinámicas y los patrones de ocupación del espacio en las distintas fases arqueológicas.

Para evaluar la estabilidad de los lugares de asentamiento, nos hemos apoyado en una de las propuestas metodológicas de Dewar (1991). Así, los yacimientos se han dividido en cuatro categorías *a, b, c* y *d* en función de su situación en relación a una fase dada (gráf. 1). Por ejemplo, en el caso de una fase Y, los yacimientos *a* son aquellos que tienen un origen anterior y se abandonan en dicha fase; los *b* tienen origen anterior y continúan su vida en la fase o las fases subsiguientes; los de tipo *c* se fundan en la fase Y y siguen ocupados con posterioridad a la misma, y los de tipo *d* son exclusivos de dicha fase.

Gráfico 1. Estabilidad de los lugares de asentamiento.



Como vemos en el gráfico 1, en la fase 0 se registra un alto número de abandonos (*a + d*), equiparado por los asentamientos que se mantienen de momentos anteriores y perduran en la fase posterior (*b*). Junto a esto, apenas se registran fundaciones (*c + d*), y las documentadas no perduran en la fase siguiente (*d*). La tendencia apunta, pues, a que nos encontramos en los momentos finales de una situación poblacional anterior.

Por el contrario, en la fase 1, es decir, en el siglo v, se registra la aparición de un número importante de yacimientos nuevos (*c*), mientras que los abandonos experimentan un notable descenso. Este fenómeno de despoblamiento posiblemente se pueda situar en un momento temprano de la fase, e interpretarlo como las últimas manifestaciones del proceso iniciado en la fase anterior. Por otra parte, la creación de sitios nuevos se puede relacionar con dicho proceso de abandono, y, considerando que el número total de asentamientos de la fase 0 (*n* = 28) apenas varía en la fase 1 (*n* = 27), plantear el traslado de población de unos núcleos a otros dentro de la depresión de Vera. En este momento se está produciendo, pues, una reestructuración de la ocupación del espacio que, atendiendo al porcentaje de abandonos y a la perduración de la totalidad de las nuevas fundaciones, alcanza un importante grado de estabilidad.

La situación poblacional así generada es la que se mantiene, con pocas variaciones, en la fase 2 (siglo vi y comienzos del vii). En ella, el 62 % de los asentamientos tiene origen al menos en el período tardorromano, de manera que, desde el punto de vista del poblamiento, esta fase es, en gran medida, continuación de la anterior. Su rasgo distintivo es la estabilidad (*b + c*), tanto en relación al momento anterior como al subsiguiente. Esta situación concluye en un momento indeterminado del siglo vii o quizás incluso del viii (fase 3), con un abandono masivo y una casi total ausencia de fundaciones. Dada la imprecisión de los indicadores cronológicos a la que ya hemos hecho referencia, es difícil plantear si el colapso se produjo de forma brusca o si, por el contrario, responde a una dinámica paulatina.

En definitiva, cabe destacar que, en el área de estudio, el patrón de asentamiento se mantiene altamente estable a lo largo de los siglos v hasta comienzos del vii, y es el resultado final de un gran proceso de transformación que se inicia en el siglo iv y finaliza en el v.

De este proceso se deriva una distribución espacial de los asentamientos con importantes novedades respecto a la de los siglos iii-iv. Brevemente, podemos decir que en la fase 0 (fig. 1) se observa

una ocupación del espacio que se extiende desde el extremo septentrional al meridional de la depresión, y desde la costa al pie de la sierra de Bédar, con una distribución aproximadamente uniforme de los asentamientos;¹² predominan los pequeños asentamientos rurales.¹³ Junto a ellos se registra un grupo de asentamientos, también rurales, con superficies de entre 3 y 6 ha. Por último, el núcleo mayor, con 15 ha, corresponde a la ciudad de *Baria* (Siret, 1906), en la actual Villaricos.

La mayor parte de los asentamientos que se abandonan entre la fase 0 y la 1 corresponden al grupo de núcleos de pequeño tamaño. Así, mientras que de los siete grandes asentamientos rurales de los siglos III-IV, seis perviven hasta la fase 1 y cinco hasta la 2,¹⁴ de los quince asentamientos de la fase 0 con superficie mensurable inferior a 2 ha, sólo seis perviven en la fase 1, y únicamente uno llega hasta la 2.

Aun así, en los siglos V y VI siguen predominando los núcleos inferiores a 2 ha, lo que significa que buena parte de las nuevas fundaciones pertenecen a esta categoría. Efectivamente, el 66 % de los núcleos creados en la fase 1 son asentamientos pequeños.

Por otra parte, uno de los grandes cambios que se registran en la fase 0 es la desaparición de *Baria* como núcleo urbano. En su emplazamiento se siguen registrando indicios de ocupación más reducida y quizás dispersa,¹⁵ y en una elevación situada unos 500 m al noroeste aparece el nuevo asentamiento del Cerro de Montroy (fig. 2.125).

12. El aparente vacío que se observa actualmente a lo largo del curso del Almanzora se debe atribuir más bien a las intensas y extensas transformaciones sufridas recientemente por sus márgenes para la instalación de cultivos que a una ausencia real de asentamientos. De hecho, Siret, tanto en su publicación sobre la zona (SIRET, 1906) como en los cuadernos de campo conservados en el Archivo del Museo Arqueológico Nacional (Colección Siret) registra abundantes evidencias de la existencia de yacimientos romanos sobre todo en la margen derecha del río.

13. Los yacimientos se han dividido en dos grupos según el tamaño de las concentraciones de material en superficie. Esta medida se ha considerado indicativa del tamaño de los asentamientos. Así, denominamos asentamientos grandes a los yacimientos cuyas concentraciones de material cubren una superficie superior o igual a 2 ha, y pequeños a aquellos en los que la concentración es inferior a 2 ha.

14. En algunos casos, como los de Cortijo Cadímar, Cerro de los Riquelmes y El Roceipón, posiblemente con cambios en su tamaño y demografía, como parece indicar la menor cantidad de materiales en superficie.

15. En este sentido, apuntan las cerámicas superficiales y los datos de Siret relativos a la ubicación de dos necrópolis cuyos ajuares permiten situarlas entre los siglos V y VII (SIRET, 1906).

Todo esto indica que la estabilidad es una característica de los grandes asentamientos rurales, y que el cambio poblacional probablemente se produjo por el traslado de población de los núcleos menores a otros núcleos también pequeños de la propia depresión de Vera, además de por la despoblación de *Baria*.

La nueva distribución espacial así generada ofrece características nítidamente diferentes a las de la fase anterior (fig. 2). Por una parte, la zona septentrional de la depresión queda despoblada, a excepción del curso bajo del río Almanzora, donde aparecen nuevos asentamientos (fig. 2.19, 98, 125) entre los que destaca el poblado de altura del Cerro de Montroy. Como hemos mencionado, la ciudad de *Baria* desaparece, y en su lugar queda un poblamiento reducido y posiblemente disperso.

FASE 2

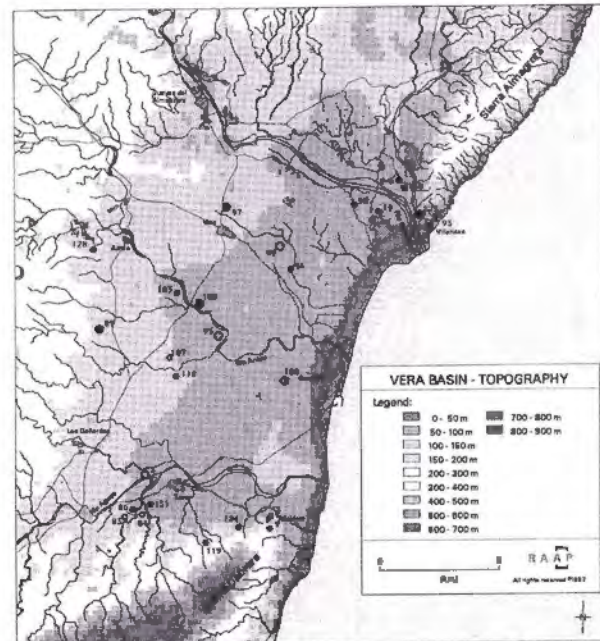


Figura 2. Yacimientos correspondientes a la Fase 2 (siglo VI y primer cuarto/primeras décadas siglo VII): 3: Cadímar, 9: Cerro del Picacho, 13: La Era Alta, 19: El Natí, 44: El Gitano, 83: Cortijo de la Iruña, 84: Cortijo de la Cueva Sucia, 86: Rambla del Estrecho, 89: Cabezo María, 93: Villaricos, 95: Cerro de los Riquelmes, 97: Pago de San Antón, 98: Las Zorreras, 99: El Roceipón, 100: La Hoya del Pozo de Taray, 103: Loma Rutilla, 106: Las Nueve Oliveras, 107: Rambla de Nuño Salvador, 118: Las Albolucas, 119: La Era de Gatas, 124: Barranco Rus, 125: Cerro de Montroy, 128: El Coto de Don Luis, 130: Cabecico de Parra, 131: Cañada Ancha. Círculos grandes: concentración de material en superficie > 2 ha. Círculos pequeños: concentración de material en superficie < 2 ha. Circunferencias grandes: yacimientos imperiales con concentración de material en superficie > 2 ha y sólo algunos materiales de la fase 2; circunferencias pequeñas: material escaso y muy disperso, superficie indeterminada.

En cuanto a la zona central, se observa una mayor dispersión de la población a lo largo de las ramblas, con la aparición de nuevos núcleos, tanto pequeños como grandes, que las bordean (figs. 2.44, 103, 106, 128). Junto a éstos, entre el curso alto del Antas y la rambla de Nuño Salvador desaparecen los pequeños asentamientos anteriores y se funda el gran poblado de altura de Cabezo María (fig. 2. 89). Con 5 ha de superficie, Cabezo María es el núcleo de mayor tamaño de la depresión de Vera entre los siglos v y vii.

En el tercio meridional, es decir, en el valle del Aguas, se abandonan las áreas más próximas al cauce del río y se produce un desplazamiento de la población hacia las estribaciones o incluso a cotas más elevadas de Sierra Cabrera.

Por último, se despuebla la mayor parte de los asentamientos más próximos a la costa situados al sur del Almanzora, al tiempo que se densifica la ocupación de la zona de la actual desembocadura de este río, donde, según los resultados obtenidos por Hoffman (1988) en su estudio sobre la evolución de la línea de costa, existiría una pequeña bahía.

En definitiva, como resultado de la reorganización del poblamiento que tiene lugar a finales del siglo iv y comienzos del v, se registran al menos dos cambios de envergadura. Por una parte, de la situación de uniformidad observada en la fase 0 se pasa a una zonificación del espacio que se mantiene hasta los siglos vii-viii. Por otra, se produce un cambio de ubicación del mayor centro de población que, con el abandono de la antigua ciudad de *Baria* y la fundación de Cabezo María, pasa de estar situado en la llanura costera a un cerro del interior.

La zonificación del espacio se define por la configuración de tres áreas que coinciden con las principales redes fluviales que atraviesan la depresión de Vera y que parecen corresponder a territorios económicos diferentes.

En la zona más septentrional, el factor económico central pudo ser la presencia de un puerto, más relevante aun si tenemos en cuenta la desaparición de los asentamientos costeros al sur del Almanzora. Además, la drástica reducción del tamaño de la antigua *Baria* (15 ha), que no quedaría de ningún modo compensada por la aparición del poblado del Cerro de Montroy (2,6 ha), permite plantear que la reducción de las necesidades de abastecimiento ofrecería la posibilidad de que nuevos asentamientos se instalasen en lo que debió ser el *hinterland* de la antigua ciudad, donde se podría disponer de tierras de calidad superior a

la de los suelos terciarios del extremo norte de la depresión.

El territorio del área central se debió caracterizar, desde el punto de vista productivo, por una agricultura de secano extensivo.

Por último, los asentamientos de la zona del Aguas, con importantes recursos hídricos en Sierra Cabrera (Herget, 1998), dispondrían de condiciones potenciales para irrigar. Dada la topografía del terreno y el tamaño de los asentamientos, en este territorio cabe plantear la existencia de extensiones de cultivo relativamente pequeñas, o bien la implementación de la fuerza de trabajo y los medios de producción necesarios para el acondicionamiento de superficies mayores.

Esta segmentación en zonas se debe tener en cuenta a la hora de interpretar los datos geocológicos.

Comenzando por la geología en la que se encuentran ubicados los asentamientos,¹⁶ entre la fase 0 y la fase 2, el patrón global de localización geocológica se mantiene prácticamente invariable. Son escasos los emplazamientos en formaciones preneógenas y, sobre todo, volcánicas, y dominan claramente la ocupaciones de formaciones terciarias y, en menor medida, cuaternarias.

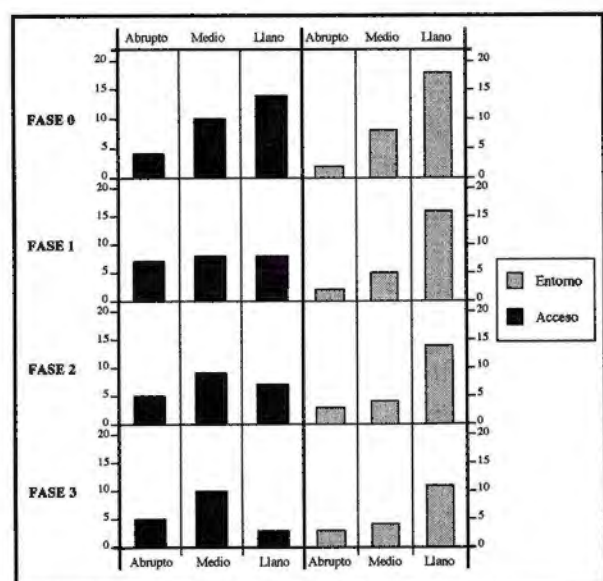
En términos generales, estos datos se podrían interpretar en el sentido de un mantenimiento de las estrategias productivas globales. Sin embargo, como hemos visto, gran parte de los asentamientos de los siglos v a comienzos del vii no son los mismos que los de los siglos iii-iv. Además, mientras que en la fase 0 se registra una distribución uniforme de las localizaciones geológicas, en los siglos vi a comienzos de vii las localizaciones terciarias se sitúan preferentemente en el sector central de la depresión, lo cual apoya la existencia de una zonificación y el predominio del secano ex-

16. Para la caracterización geológica de la ocupación del espacio se han distinguido cuatro zonas o ambientes geocológicos en función de su edad y su génesis, así como de las formaciones a las que dan lugar. Son las siguientes: a) preneógeno (el más antiguo: sierras de origen tectónico); b) terciario (cuenca sedimentaria: actuales llanuras en las que predominan las margas); c) formaciones volcánicas (cerros aislados de origen tectónico); d) cuaternario (de origen climático: glaciares, terrazas fluviales y cauces fluviales actuales). Además, dentro de la variable se han considerado dos componentes: la geología de base, que hace referencia a las formaciones geológicas en las que se encuentran los núcleos de población, y la geología de superficie, relativa al soporte generado por procesos geomorfológicos recientes (CASTRO *et al.*, 1994). Básicamente, este segundo componente informa de la mayor o menor proximidad a cauces de agua.

tensivo como actividad característica de dicho sector.

Los datos relativos a la topografía permiten apuntar uno de los factores que debieron de intervenir en el desplazamiento de los lugares de habitación.¹⁷ Como se observa en el gráfico 2, a partir del siglo V (fases 1-3) la tendencia de los accesos se modifica en relación a los siglos III-IV (fase 0). Así, se registra un importante descenso de los accesos llanos, al tiempo que aumentan los abruptos y los medios tienden a hacerse mayoritarios. En cambio, en los entornos se mantiene la tendencia de la fase 0.

Gráfico 2. Accesibilidad y topografía del entorno de los lugares de asentamiento.



La búsqueda de emplazamientos de más difícil acceso supone la aparición de los denominados poblados o asentamientos de altura, cuya existencia se ha registrado también en otros lugares del levante y el sudeste peninsulares a partir del siglo V (Llobregat, 1985; Gutiérrez Lloret, 1988b; Martínez, 1988). En este grupo se encuentran los

17. En este caso, se ha tomado en consideración tanto el emplazamiento de los asentamientos («acceso»), como su localización en el entorno inmediato («entorno») (CASTRO *et al.*, 1994). La información se refiere a los cuatro frentes N, S, E y W de cada yacimiento, y se ha agrupado en las siguientes categorías según el número de frentes suaves (desnivel < 10°), en pendiente (desnivel 10°-45°) o escarpados (desnivel > 45°) que presente cada lugar de asentamiento: llano (al menos tres frentes suaves); medio (al menos dos frentes en pendiente); abrupto (al menos tres frentes escarpados).

yacimientos del Cerro de Montroy (fig. 2.125), Cabezo María (fig. 2.89) o El Picacho de Mojácar (fig. 2.9), y en general asentamientos en cerros como la Era de Gatas (fig. 2.119), Barranco Rus (fig. 2.124) o Las Zorreras (fig. 2.98).

En los entornos, sin embargo, se prefiere la topografía llana, lo que significa que se buscan emplazamientos protegidos, pero no aislados ni alejados de potenciales campos de cultivo.

La búsqueda de asentamientos con mayor dificultad de acceso, unida a la desaparición de núcleos de pequeño tamaño, así como de la ciudad de *Baria*, y a los cambios en la distribución espacial de los núcleos mayores apuntan a un cambio efectivo en la organización social entre el período bajoimperial y los siglos VI-VII. Una aproximación cuantitativa y cualitativa a las exportaciones presentes en el espacio de estudio entre los siglos V y VII nos permite proponer unos primeros rasgos característicos de la nueva configuración socioeconómica y sugerir la existencia de cambios importantes entre los siglos V y VI.

Para esta primera evaluación de la participación de los asentamientos en el consumo de la producción social, hemos centrado el análisis en la cerámica importada a larga distancia. Se han tomado en consideración los fragmentos de *ARS*, ánforas y cerámica común africana a torno (o *coarse ware* de Fulford) atribuibles a tipos morfológicos concretos, y que, por lo tanto, se podían situar en el tiempo con una precisión relativa. Las temporalidades de las formas se han considerado probables en función de la jerarquía de los indicadores cronológicos disponibles para la datación de los ítems de referencia. Dada la amplitud de los tiempos de vida, hemos optado por una estimación matemática que parte de la premisa de que la probabilidad más elevada de llegada de cada forma cerámica a la depresión de Vera se sitúa en la mediana de su tiempo de vida.

De este modo, la probabilidad apunta a dos grandes momentos de llegada de cerámica importada a larga distancia al espacio de estudio, uno situado en torno a los años centrales del siglo V, y otro también alrededor de los años centrales del siglo VI (gráf. 3).

Desde el punto de vista de la composición de las importaciones, en el siglo V, éstas están formadas por una variedad relativamente amplia de formas de *ARS* (F5.5, 35.3 y 52, y H12/102, 61B, 64, 66 ó 66/67, 67, 76, 80A, 82 var., 84, 87, 91A-B y 91A-C), mientras que no se registran otras clases cerámicas. En el siglo VI se reduce la gama de formas de cerámica fina (F2.9-11, 50 y F67, y

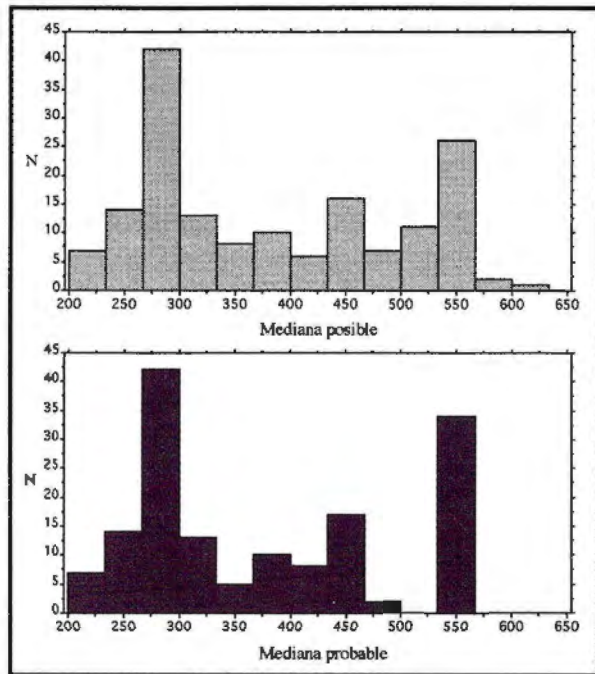


Gráfico 3. Frecuencia de importaciones cerámicas en el tiempo.

H91C, 99, 103 y 104A-B) y aparece cerámica africana de cocina (*F casseroles* 12) y grandes contenedores de transporte, estos últimos representados por envases norteafricanos de las formas K XXVIG, K LV, K LXI, K LXII, y orientales de la forma K LXV.

Considerando que, excepto en el caso de K LXV, las medianas de las temporalidades de las ánforas se sitúan en momentos posteriores a 533, e incluso que la mayoría está en torno a 550, desde una aproximación probabilística podemos plantear que su llegada a la depresión de Vera se produjo en el segundo tercio del siglo VI, y siguió a un aparente vacío en la llegada de este tipo de recipientes a lo largo del siglo V y comienzos del VI. Todo esto apunta a que tras la conquista bizantina de Cartago y, más adelante, del sudeste peninsular, las relaciones de intercambio de la zona de estudio con el norte de África se intensificaron y tomaron un carácter diferente al de la fase anterior.

La distribución de los productos importados en los distintos yacimientos (gráf. 4) nos permite aproximarnos a la forma en que éstos participaron en el intercambio a larga distancia en los siglos V y VI y, por lo tanto, a las formas de consumo de estos productos concretos en ambos momentos.

Con respecto a la fase 1, se identifican tres grupos de asentamientos. El primero, mayoritario, está formado por los yacimientos con total ausen-

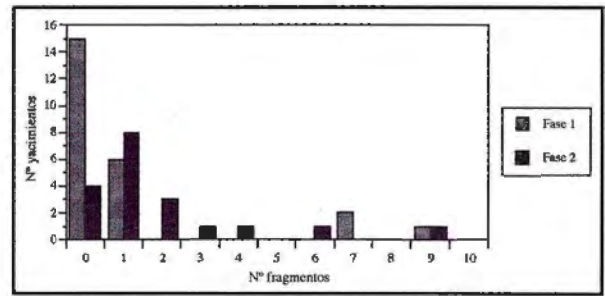


Gráfico 4. Accesibilidad a cerámicas de importación.

cia de importaciones. Junto a éste, el segundo grupo en cuanto a número de sitios lo forman los yacimientos con un solo fragmento de importación. Por último, el grupo más escaso está integrado por tres yacimientos con siete o más fragmentos importados.

En la fase 2 únicamente se registran cuatro casos sin importaciones, y ahora el grupo mayoritario lo constituyen los yacimientos con un fragmento de importación. Por otra parte, ha desaparecido la distancia de la fase 1, y se observa una gradación en el número de fragmentos presentes en los yacimientos.

Si estos datos los ponemos en relación con las tres zonas de poblamiento que hemos distinguido (desembocadura del Almanzora, cuenca del Antas y cuenca del Aguas), vemos que las cerámicas importadas llegan a todas ellas tanto en la fase 1 como en la 2. Aun así, mientras que en el siglo V los lugares con mayor número de piezas se sitúan en el Almanzora (Cerro de Montroy) y el Antas (Cabezo María y El Gitano), en la fase 2 queda relegado el yacimiento de El Gitano, se mantienen Cerro de Montroy y Cabezo María, y aparece un centro también en la zona meridional, en una de las elevaciones de Sierra Cabrera (El Picacho).

Así pues, considerando la distribución cuantitativa de las importaciones, el siglo V se caracteriza por una centralización de las mismas por parte de tres centros situados en los valles del Almanzora y el Antas. Este patrón cambia en el siglo VI, momento en que se registra una distribución más uniforme que alcanza a un mayor número de asentamientos.

Por otra parte, en el siglo VI en Cerro de Montroy y Cabezo María se siguen registrando cantidades de piezas importadas mayores que en los otros yacimientos, pero no superiores a las del siglo V, a pesar del aumento de las importaciones que parece tener lugar hacia mediados del siglo

vi. En consecuencia, los asentamientos que se benefician de este aumento son los que antes no accedían, o lo hacían escasamente, a tales productos, mientras que los centros continúan la tónica del período anterior.

Asimismo, en la fase 2 parece producirse también un cambio cualitativo en las importaciones, como indica el hecho de que todos los tipos anfóricos documentados centren sus temporalidades en el segundo tercio o la segunda mitad del siglo vi.

Los cambios en los patrones de distribución muestran que, en la depresión de Vera, las redes del siglo v y las del siglo vi no son las mismas y, por lo tanto, se ha producido una transformación de las relaciones entre los asentamientos que, como hemos expuesto, son los mismos en ambos momentos. De este modo, podemos empezar a plantear la existencia de relaciones producción-consumo y, por consiguiente, de organizaciones sociales diferentes.

En definitiva, en la depresión de Vera se registra, a partir del siglo v, una serie de cambios socioeconómicos representados por la zonificación del espacio en distintos territorios económicos con estrategias productivas más diversificadas y quizás más especializadas que en el período anterior. El abandono de los sitios costeros al sur del Almanzora y la densificación del poblamiento en torno a la bahía que existiría en la actual desembocadura de este río parece indicar que se trata de un espacio económicamente dinámico, en el que uno de los factores de atracción debieron ser las actividades portuarias. Junto a éste, la desaparición del núcleo urbano bajoimperial posibilitaría la reestructuración de la ocupación del antiguo entorno de la ciudad, donde, además de las pequeñas fundaciones, aparece el nuevo centro de altura del Cerro de Montroy. En cuanto a la fundación de Cabezo María, el mayor centro poblacional hasta el siglo vii, en un cerro del interior de la zona central de la depresión, es indicio del significado que ahora adquiere este territorio, en el que se sitúa la mayor parte de los asentamientos con localizaciones potencialmente favorables para una agricultura de secano. En este sentido, hay que recordar que de los tres núcleos que concentran las cerámicas de importación en la fase 1, dos se encuentran en esta zona, y el tercero es el Cerro de Montroy. Por último, en el valle del río Aguas los recursos hídricos de Sierra Cabera, unidos a la mayor protección que ofrecen las estribaciones del macizo, debieron de desempeñar un papel decisivo en la reorganización del poblamiento.

La aparición de los asentamientos de altura y, en

general, la búsqueda de emplazamientos protegidos, pero próximos a potenciales campos de cultivo, apuntan a una situación de inestabilidad que se puede relacionar con la disgregación de la organización sociopolítica anterior, aunque también a la existencia de importantes necesidades subsistenciales.

Asimismo, si bien los siglos v y vi y comienzos del vii se caracterizan por la continuidad poblacional y de ocupación del espacio, los cambios de los patrones de consumo y, por lo tanto, de las relaciones entre asentamientos, indican que ésta no corresponde a una continuidad socioeconómica.

Seguir profundizando en la caracterización de estos cambios sociales y económicos con la totalidad de las variables arqueológicas y ecológicas manejadas y generar hipótesis explicativas es el objetivo de nuestro trabajo en el futuro.

BIBLIOGRAFÍA

- ATLANTE, 1981: *Atlante delle forme ceramiche I. Ceramica fine romana nel bacino Mediterraneo (Medio e Tardo Impero)*, Roma.
- BONIFAY, M.; PIÉRI, D., 1995: Amphores du ve au viie s. à Marseille: nouvelles données sur la typologie et le contenu, *Journal of Roman Archaeology*, 8, p. 94-120.
- CAMALICH, M.ª D.; MARTÍN, D.; GONZÁLEZ, P.; MEDEROS, A., 1987: Prospección arqueológica superficial en la cuenca del Bajo Almanzora (Almería). Informe provisional, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1987*, vol. II, p. 54-57.
- CARA BARRIONUEVO, L.; ORTIZ SOLER, D., 1987: El asentamiento costero de la Rambla de los Terreros (Mojácar) y algunas cuestiones sobre la costa almeriense en época romana, *El vi a l'antiguitat. Economia, producció i comerç al Mediterrani Occidental*, Badalona, p. 84-91.
- CASTIGLIONI, E.; CUPELLI, G.; FALCETTI, C.; FERRETTI, F.; FOSSATI, A.; GIOVINAZZO, R.; MURIALDO, G.; MANNONI, T.; PALAZZI, P. E.; PANIZZA, M.; PARODI, L.; RICCI, R.; VICINO, G., 1992: Il castrum tardo-antico di San Antonino di Pertù, Finale Ligure (Savona): terze notizie preliminari sulle campagne di scavo 1982-1991, *Archeologia Medievale*, XIX, p. 279-368.
- CASTRO, P. V.; COLOMER, E.; CHAPMAN, R.W.; GILI, S.; GONZÁLEZ MARCEN, P.; LULL, V.; MICO, R.; MONTON, S.; PICAZO, M.; RIHUETE, C.; RISCH, R.; RUIZ PARRA, M.; SANAHUJA YLL, M.ª E.; TENAS, M., 1993: Gatas. Sociedad y Economía en el Sudeste de España, c. 2500-800 a.n.e., *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía, 1985-1992. Proyectos*, p. 401-416, Sevilla.
- CASTRO, P. V.; COLOMER, E.; COURTY, M. A.; FEDEROFF, M.; GILI, S.; GONZÁLEZ MARCEN, P.; JONES, M.K.; LULL, V.; MCGLADE, J.; MICO, R.; MONTON, S.; RIHUETE, C.; RISCH, R.; RUIZ PARRA, M.; SANAHUJA YLL, M.ª E.; TENAS, M., (eds), 1994: *Temporalities and desertification in the Vera Basin, south east Spain*, Archaeomedes Project, vol. 2, Bruselas.
- CASTRO, P. V.; CHAPMAN, R. W.; GILI, S.; LULL, V.; MICO, R.; RIHUETE, C.; RISCH, R.; SANAHUJA, M.ª E., (eds), 1998: *Aguas Project. Palaeoclimatic reconstruction and the dynamics of human settlement and land-use in the area of the middle Aguas (Almería), in the south-east of the Iberian Peninsula*, Luxemburgo.

- DELIBES, G.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M.^a D.; MARTÍN MORALES, C., 1986: El poblado de Almizaraque, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Cuevas del Almanzora (1984), p. 167-177, Sevilla.
- DELIBES, G.; DÍAZ ANDREU, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M.^a D.; MARTÍN, C.; MONTERO, I.; MUÑOZ, I. K.; RUIZ, A., 1996: Poblamiento y desarrollo cultural en la cuenca de Vera durante la prehistoria reciente, en QUEROL, M.^a A. y CHAPA, T. (eds), *Homenaje al profesor Manuel Fernández-Miranda*, I, p. 153-170, Madrid.
- DEWAR, R. E., 1991: Incorporating variation in occupation span into settlement-pattern analysis, *American Antiquity*, 56 (4), p. 604-620.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M., 1992: Recursos naturales y desarrollo cultural durante el calcolítico en la cuenca de Vera, en MOURE, A. (ed), *Elefantes, ciervos y ovicápridos. Economía y aprovechamiento del medio en la prehistoria de España y Portugal*, p. 243-251, Cantabria.
- FERNÁNDEZ UGALDE, A.; MENASANCH DE TOBARUELA, M.; MORENO LETE, E.; OLMO ENCISO, L.; ROMAN RIECHMANN, C., 1989: El poblamiento tardorromano y altomedieval en la cuenca baja del río Almanzora (Almería). Campaña de prospección 1989, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1989*, III, p. 36-39.
- FULFORD, M.; 1984a: The red-slipped wares, en FULFORD, M. G. y PEACOCK, D. P. S., p. 48-115.
- FULFORD, M.; 1984b: The coarse (kitchen and domestic) and painted wares, en FULFORD, M. G. y PEACOCK, D. P. S., p. 155-231.
- FULFORD, M. G.; PEACOCK, D. P. S., 1984: *Excavations at Carthage: The British Mission. Volume I, 2. The Avenue du President Habib Bourguiba, Salammbó: the Pottery and other Ceramic Objects from the Site*, Sheffield.
- GUTIÉRREZ LLORET, S., 1988a: *Cerámica común paleoandalusí del sur de Alicante*, Alicante.
- GUTIÉRREZ LLORET, S., 1988b: El poblamiento tardorromano en Alicante a través de los testimonios materiales: estado de la cuestión y perspectivas, *Antigüedad y Cristianismo*, V, p. 323-337.
- GUTIÉRREZ LLORET, S., 1996: *La cora de Tudmir de la antigüedad tardía al mundo islámico. Poblamiento y cultura material*, Madrid-Alicante.
- HAYES, J. W., 1972: *Late Roman Pottery*, Londres.
- HAYES, J. W., 1977: North African flanged bowls: a problem in fifth-century chronology, en DORE, J. y GREENE, K. (eds), *Roman Pottery Studies in Britain and Beyond. Papers presented to John Gillam, July 1977*, BAR Supplementary Series 30, Oxford.
- HAYES, J. W., 1980: *Supplement to Late Roman Pottery*, Londres.
- HERGET, W., 1998: Hydrological regime and water exploitation, en CASTRO *et al.* (eds), p. 52-61.
- HOFFMAN, G., 1988: *Holozänstratigraphie an der Andalusischen Mittelmeerküste*, Bremen.
- HURST, H. R.; ROSKAMS, S. P., 1984: *Excavations at Carthage: The British Mission. Volume I, 1 The Avenue du President Habib Bourguiba, Salammbó: the Site and Finds other than Pottery*, Sheffield.
- KEAY, S. J., 1984: *Late Roman Amphorae in the Western Mediterranean. A Typology and Economic Study: The Catalan Evidence. Part I*, BAR International Series 196 (i), Oxford.
- LÓPEZ CASTRO, J. L.; SAN MARTÍN MONTILLA, C.; ESCORIZA MATEU, T., 1988: Memoria de la excavación de urgencia en Cabecico de Parra de Almizaraque (Cuevas de Almanzora, Almería), *Anuario Arqueológico de Andalucía 1988*, III, p. 7-11.
- LLOBREGAT CONESA, E., 1985: Las épocas paleocristiana y visigoda, *Arqueología del País Valenciano. Panorama y perspectivas*, Elche (1983), p. 383-415, Alicante.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A., 1988: Aproximación al poblamiento tardorromano en el norte del municipio de Lorca, *Antigüedad y Cristianismo*, V, p. 543-563.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A.; MATILLA SEIQUER, G., 1988: Poblamiento tardío en Torralba, Lorca, *Antigüedad y Cristianismo*, V, p. 503-541.
- MENASANCH DE TOBARUELA, M.; OLMO ENCISO, L., 1991: El poblamiento tardorromano y altomedieval en la cuenca baja del río Almanzora (Almería). Cerro de Montroy (Villaricos, Cuevas del Almanzora): Campaña de excavación 1991, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1991*, II, p. 28-35.
- MURIALDO, G., 1995: Alcune considerazioni sulle anfore africane di VII secolo dal «castrum» di S. Antonino nel Finale, *Archeologia Medievale*, XXII, p. 433-453.
- RAMALLO ASENSIO, S. F.; RUIZ VALDERAS, E.; BERROCAL CAPARRÓS, C., 1996: Contextos cerámicos de los siglos v-vii en Cartagena, *Archivo Español de Arqueología*, 69, p. 135-190.
- RAMON, J., 1986: *El baix imperi i l'època bizantina a les illes pitiüses*, Ibiza.
- REYNOLDS, P., 1985: Cerámica tardorromana modelada a mano de carácter local, regional y de importación en la provincia de Alicante, *Lucentum*, IV, p. 245-267.
- REYNOLDS, P., 1993: *Settlement and Pottery in the Vinalopó Valley (Alicante, Spain) A.D. 400-700*, BAR International Series 588, Oxford.
- REYNOLDS, P., 1995: *Trade in the Western Mediterranean, AD 400-700: The ceramic evidence*, BAR International Series 604, Oxford.
- SCHUBART, H.; ULREICH, H., 1991: *Die Funde der Südostspanischen Bronzezeit aus der Sammlung Siret*, 2 vol., Mainz am Rhein.
- SIRET, H.; SIRET, L., 1890: *Las primeras edades del metal en el sudeste de España*, Barcelona.
- SIRET, L., 1906: *Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes*, Madrid.
- TRELIS MARTÍ, J., 1993: Aproximación a la transición del mundo tardoantiguo al islámico en las comarcas meridionales del País Valenciano: el ejemplo de Crevillente (Alicante), *IV Congreso de Arqueología Medieval Española*, Alicante (1993), vol. II, p. 309-316, Alicante.
- VILLA, L., 1994: Le anfore tra tardoantico e medioevo, en LUSUARDI SIENA, S. (ed.), *Ad Mensam. Manufatti d'uso da contesti archeologici fra tarda antichità e medioevo*, p. 335-431, Udine.